

Stephanie Kirk. *Sor Juana Inés de la Cruz and the Gender Politics of Knowledge in Colonial Mexico*. Routledge. Taylor and Francis Group, 2016, 229 p.

Sor Juana Inés de la Cruz y las políticas de género del conocimiento en México colonial de Stephanie Kirk es un texto que, desde el inicio, se posiciona no solamente en relación con la lectura crítica del objeto de estudio que propone, sino también, en relación con la interpelación a la propia crítica y a los lugares de enunciación a partir de los cuales se ha pretendido leer y develar a sor Juana y su obra. Efectivamente, en el epígrafe del libro encontramos un fragmento de un poema reciente de Luis Felipe Fabre, “Sor Juana y otros monstruos”, en el que si bien se alude a la calidad de “monstruoso” –aquello que evade las reglas establecidas– con la que sor Juana puede ser configurada, el foco de atención, asimismo, está puesto en la voracidad autorreferencial de la actividad académica:

Todos los sorjuanistas discrepan en algo. Discrepan
entre ellos. Discrepan
en algo que suele ser casi todo. Por ejemplo:
Las razones de Sor Juana para tomar los hábitos.
Las razones de Sor Juana para escribir la *Carta
Atenagórica*.
Las razones de Sor Juana para su abjuración final.
[...] Los sorjuanistas organizan congresos.
Los sorjuanistas escriben libros.
Los sorjuanistas preparan ediciones anotadas.
Los sorjuanistas publican artículos, ensayos,
ponencias, cartas de refutación
en revistas especializadas, en blogs personales, en
memorias
de congresos que ellos mismos organizan para
discrepar de lo que dicen otros sorjuanistas.

Kirk escribe desde la conciencia de la imposibilidad de realizar una lectura de sor Juana que implique únicamente sus textos: los sorjuanistas constituyen una comunidad internacional que ha producido, a la fecha, una genealogía insoslayable

de estudios críticos donde se proponen y debaten nuevas posturas, nuevas interpretaciones. Lo que lo sor Juana “es” hoy responde a un conglomerado de miradas que se replican unas a otras. Pero, además, dice Kirk, estas dan cuenta de la producción de una autora que, como el salón de los espejos de Luis XIV en Versalles, nos cautiva por la belleza y las innumerables perspectivas que abre, al mismo tiempo que nos desorienta: resolver los enigmas de la vida y la obra de sor Juana, por tanto, es una tarea que se sabe, desde el inicio, tan atractiva como ilusoria.

Esta visibilización de los lugares de enunciación a partir de los cuales Sor Juana es leída por la crítica actual es, a mi juicio, uno de los mayores aciertos de este trabajo de Kirk, porque permite poner de relevancia –por extensión– la centralidad de aquellos lugares de enunciación a los cuales sor Juana quiso acceder en el siglo XVII: no en pos de revelación alguna, sino en la convicción de que aquello que Sor Juana fue y produjo solamente puede llegar a comprenderse en la tensión permanente de un “decir contra”.

Sor Juana, habitante de una ciudad y de un tiempo que desautorizaba la participación de las mujeres en cualquier instancia de decisión, infringió los espacios masculinos destinados al conocimiento y la cultura de su época, y desafió los poderes intelectuales y el capital cultural que detentaban las élites eclesiásticas novohispanas. Religión, erudición y masculinidad se encontraban inextricablemente unidos en México colonial: la clerecía –en particular la orden de los jesuitas– dominaba la escena intelectual desde la universidad fundada en 1553 hasta los colegios mayores, por lo cual la educación superior se convirtió, con celeridad, en sinónimo de carrera eclesiástica. Autodidacta y con sus propias herramientas, explica Kirk, sor Juana mostró la debilidad de esa ciudad letrada y los discursos que allí se producían. Y es en este sentido que puede explicarse lo monstruoso de sor Juana, en tanto su accionar como productora y comunicadora de conocimiento socava el basamento de la masculinidad clerical de la Nueva España, construida sobre una figura exclusivamente masculina, en el que la presencia femenina solo podía ser entendida como anomalía. El concepto de “anómalo” permite a Stephanie Kirk invitar al lector a recorrer cinco esferas de poder –en el sentido bourdieusiano–, a través de las cuales, aún consciente de su calidad de marginal, sor Juana se atrevió a transitar.

El espacio de la biblioteca –desde lo empírico y desde lo simbólico–, se constituyó en México colonial como un lugar de producción y difusión del conocimiento,

y por ende, de producción y reproducción de los sistemas de poder. Kirk analiza con inteligencia la significación de las bibliotecas de sor Juana y Juan de Palafox y Mendoza: mientras que la primera “inusitada para una mujer del momento” es sustraída por orden de la jerarquía eclesiástica, la biblioteca del obispo Palafox, actualmente declarada monumento nacional, se erige, en el marco del concilio de Trento y la Contrarreforma, como emblema acabado de la integración entre la élite masculina, el poder y el conocimiento de la época. La biblioteca jesuítica implicó, no un espacio solitario donde se asociaban meditación y conocimiento, sino un lugar de intensa colaboración masculina en la producción y difusión de conocimiento erudito. De esta manera, la esfera de la biblioteca y la esfera de la enseñanza/aprendizaje, explica Kirk, se implicaron una a otra y determinaron una conjunción entre piedad y erudición a la que Sor Juana –peligrosamente– también adhirió con vehemencia.

La esfera de la medicina, enfocada en particular desde el ámbito de la naciente anatomía, es el tercer campo estudiado por Kirk. Allí, sor Juana es presentada en contraposición a su contemporáneo Carlos de Sigüenza y Góngora: mientras este ofrece su propio cuerpo para realizar, post mortem, las disecciones necesarias tendientes a comprender la naturaleza de la enfermedad que lo aquejaba, sor Juana utiliza su poesía como laboratorio poético. Especialmente en *Primero sueño*, dice Kirk, sor Juana pone en acto el conocimiento científico sobre medicina de su época, contextualizando –y religando– tanto la reproducción biológica como la reproducción intelectual.

El campo destinado al análisis de las imprentas permite a Kirk presentar una sor Juana lúdica, que, mediante seudónimos, juega paradójicamente a ser descubierta. Este travestismo literario se materializa a través de seudónimos masculinos, anagramas del nombre real, y paradójicamente también, encuentra su corolario cuatro años después de su muerte, con la publicación de *Fama y Obras póstumas* precedida de varios poemas y un soneto dedicado a sor Filotea de la Cruz, presumiblemente escrito por la marquesa de Paredes.

Finalmente, la esfera de lo sagrado en México colonial explora las vías femeninas de aproximación a Dios, y la preeminencia del cuerpo (auto)mortificado y enfermo. Dentro de un panorama vasto y complejo en el que encontraron protago-

nismo santas, místicas y visionarias, sor Juana recorta un perfil propio en tanto en su obra el cuerpo pierde centralidad, no mediante actos de mortificación sino en una instancia superadora a través del intelecto. Figuras modélicas como Teresa de Jesús, Marina de la Cruz y Rosa de Lima –escritas y descritas por varones letrados como Sigüenza y Góngora, Miguel Godínez y Antonio Núñez de Miranda– son reelaboradas por sor Juana. Así, por ejemplo, Catalina, mártir cristiana del siglo IV es configurada en *La rosa de Alejandría* por Pedro de la Vega desde la misoginia, mientras que sor Juana, en sus villancicos, presenta su muerte como el triunfo de la sabiduría femenina sobre la ignorancia masculina.

Sor Juana, en definitiva, según se desprende de este estudio de Kirk, conoció en profundidad los tópicos de la ciencia, la filosofía y la teología que se debatían en ese momento tanto en la península como en Nueva España y compuso su obra imbuida de ellos: aun cuando imitó y parodió muchos de los discursos que sus coetáneos producían, transitó lugares vedados a las mujeres y desde sus escritos se atrevió a la anomalía de producir conocimiento científico, filosófico y teológico.

Silvia Tieffemberg
Universidad de Buenos Aires
CONICET